**Jesús Nuestro Profeta**

**Deut. 18:15-19; Heb. 1:1-3**

Sobre las últimas semanas, hemos visto que conocer a Dios y a Jesucristo es la vida eterna. Que tener fe también es conocer a Dios, porque es ver al que es fiel. Cuanto más conocemos a Dios, más podemos confiar (tener fe) en Él y mejor podemos adorarlo y servirlo. Hemos visto también que, aunque a Dios, nadie lo ha visto jamás, Cristo, su Hijo unigénito, que siempre ha estado en comunión íntima con Él, lo ha dado a conocer, y en muchas maneras, porque Cristo es/era Dios con nosotros, la expresión exacta de su naturaleza en carne humana.

Varios pasajes de las escrituras también presentan a Jesús como el Profeta, el Sumo Sacerdote, y el Rey por excelencia sobre toda la humanidad y el universo. Y estos títulos nos revelan otros aspectos del carácter y naturaleza de Dios y lo que Él es y hace por nosotros. Por eso, quisiera explorar con uds. estos roles o papeles que el Señor ocupa y hace. Hoy, empezaremos con su rol como nuestro Profeta.

Hubo muchos profetas en los días del Antiguo Testamento, algunos de los cuales quizás ni siquiera nos damos cuenta de que se llamaban profetas. Por ejemplo, a Abraham se le llama profeta (Génesis 20:7), y también a David (Hechos 2:30). Pero hubo muchos otros, como Samuel, Elías y Eliseo, Isaías, Jeremías, y los 12 profetas “menores”.

Ahora bien, ¿qué es un profeta? Uno de mis libros de texto dice que un profeta es "un portavoz de Dios que anunció la voluntad o las intenciones de Dios para personas o naciones, o predijo el futuro, o hizo ambas cosas". (Diccionario de profetas del Antiguo Testamento, 587). Se podría decir que un profeta representó a Dios ante la gente, porque habló lo que Dios quería decirles.

Los profetas podían discernir la perspectiva de Dios en cuanto a su gente y su mundo. Por eso, los llamaron videntes en los años tempranos de la historia de Israel (1 Sam. 9:9). Le dijeron a la gente cuando estaban pecando y desobedeciendo a Dios, y les advirtieron de las consecuencias. Por ejemplo, Noé fue un hombre que entendió la perspectiva de Dios con respecto a la sociedad de su tiempo. La gente pudo haber pensado que todo era genial, pero Dios odiaba cómo vivían y estaba decidido a juzgarlos y destruirlos, porque es un Dios santo. A la vez, porque es misericordioso, le dio a Noé su plan para salvar a los que creían y aceptaban su plan, el arca.

Miles de años después, Elías vino a Acab, el rey de Israel, y le dijo que debido a su pecado como rey y al pecado de Israel, no llovería hasta que él lo dijera, para que se arrepintieran y volvieran a Dios. Isaías y Jeremías le dijeron a Israel que los babilonios los conquistarían si no se arrepentían. Jonás les dijo a los ninivitas que Dios los destruiría a menos que se arrepintieran. El profeta vio las cosas desde la perspectiva de Dios y, como su representante, les habló de parte de Dios.

Los profetas también le dijeron a Israel lo que iba a suceder en el futuro cuando Dios se lo revelara. Por ejemplo, Dios le dijo a Abraham que sus descendientes serían oprimidos en Egipto. Le dijo a José en sueños que un día, él iba a gobernar allí. Moisés les dijo a los israelitas que se apartarían de Dios y serían llevados al cautiverio, pero luego serían restaurados (Deut. 32). Amós también predijo el exilio (5:27). Dios le dijo a David que uno de sus hijos reinaría sobre su pueblo para siempre (2 Sam. 7:14). Le dijo a Isaías que esta Persona su Siervo Sufriente, sufriría una muerte horrible por todos (Is. 52; 53). Le contó a Daniel acerca de los reinos venideros que gobernarían esa parte del mundo (Dan. 2, 7, 8, 11).

La Biblia misma nos dice que Moisés fue el profeta más grande que Israel haya tenido (Deut. 34:10-12). ¿Por qué? Porque habló con Dios cara a cara. Pasó tiempo en Su presencia y recibió Sus mensajes con mucha claridad. Se le mostró que Dios quería liberar a su pueblo, y luego, Dios usó a Moisés para traer esa liberación mediante poderosas señales y maravillas, más grandes de lo que jamás se había visto. A través de Moisés, Dios venció a los enemigos de Israel, sus opresores, y luego llevó al pueblo al Sinaí y les dio las leyes de Dios para que pudieran ser constituidos como su pueblo, sus adoradores, y estar con Él.

Pero en realidad, Moisés fue una persona que tipificó al Mesías, y lo que Dios iba a hacer a través de Él en el futuro. (Como Abraham e Isaac tipificaron como Dios el Padre iba a sacrificar a su Hijo un día en el Calvario.) Por eso, Dios le dijo a Moisés, y Moisés en su turno dijo al pueblo que algún día el Señor iba a levantar a un Profeta como él (Deut. 18:15-19), y quien no escuchara ni obedeciera a ese profeta sería cortado, o sea, no podía ser parte del pueblo de Dios, escapar la esclavitud y heredar la herencia que Dios les iba a dar. Al mirar a Moisés podemos entender la importancia de este Profeta venidero, porque Moisés lo prefiguró.

Todo Israel estaba en esclavitud en Egipto, no solo algunos de ellos. Todos ellos fueron gobernados por Faraón, un rey cruel y opresivo. Ninguno de ellos pudo salir de ese lugar por su cuenta. El poder de Egipto y el faraón era demasiado grande. Eran simplemente esclavos, desorganizados, débiles, sin armas, y Egipto era la nación más poderosa de la tierra en ese momento. Además, Dios había revelado su plan de darles a los descendientes de Abraham la tierra más de 400 años antes. Después de vivir tantos años como extranjeros en medio de otro pueblo, con otros dioses, es fácil entender que el recuerdo de estas cosas, estas promesas, hubiera evaporado. Ya no era más que un sueño, una leyenda. ¿Qué posibilidad de ser realizada tenía?

Por eso, el profeta de Dios, Moisés, como representante de Dios, fue el agente que Dios usó para revelar de nuevo estas promesas y decir que el tiempo había llegado. Y luego quebrantar el poder de Faraón por completo, juzgar su tierra, destruir su ejército y sacar a Israel con riquezas de oro y plata y con todo lo que necesitaban. Dios incluso los llevó a través del Mar Rojo, su “bautismo”. Les dio de comer maná, el pan de vida, del cielo. Les explicó lo que Dios tenía para ellos, su plan, y les enseñó sus caminos. Esa fue la función del profeta, Moisés. Y a través de él, Dios dijo que levantaría a otro profeta como Moisés. Fue una promesa como la que le dio a Eva, que su simiente iba a derrotar al diablo y restaurar la herencia del Edén otra vez (Gén. 3:15). O como le dio a Abraham cuando le dijo que a través de sus descendientes, su simiente, todas las familias de la tierra iban a ser bendecidas. (Gén. 12:3)

Moisés reveló la voluntad de Dios al pueblo, los hizo recordar sus promesas, la herencia que les esperaba. Él representó a Dios para ellos. Les habló las palabras de Dios, la Torá, de tal manera que pudieran entrar en un pacto, lo que llamamos hoy el Antiguo Testamento. Les explicó sus términos, los caminos de Dios para que pudieran caminar por ellos. Los guio a través del desierto, cuando tenían que depender totalmente de Dios y vivir, no solo de pan, sino de toda palabra que salió de la boca de Dios (Deut. 8:3). Moisés los guio, los defendió, los corrigió, intercedió por ellos, y los llevó hasta los bordes de la Tierra Prometida. No pudo entrar con ellos, porque Moisés representaba la ley, y nadie puede ser salvo por obedecer la ley. Josué, Yehoshua, los llevó, otro tipo de Yeshua, Jesucristo. Pero esto es para otro día.

El punto para hoy es esto: Si eras israelita y querías ser salvo de Egipto, tenías que seguir a Moisés y obedecerle. No había otro profeta ni otra opción. Y él dijo que un día, Dios iba a levantar a otro como él, y la gente tendría que seguirlo y obedecerlo de igual manera.

Cuando Juan el Bautista llegó y empezó su ministerio, los israelitas habían esperado su profeta como Moisés por más de 1400 años. Por eso, cuando Juan llegó, algunos le preguntaron si él era “el profeta”. (Jn. 1:21) Cuando Felipe habló de Jesús a su amigo Nataniel, le dijo, “Hemos encontrado a aquel de quien Moisés escribió en la Ley y también en los Profetas: a Jesús de Nazaret, el hijo de José.” Luego, en Jn. 6:14, cuando Jesús multiplicó los panes y peces, la gente dijo, “¡Verdaderamente este es el profeta que ha de venir al mundo!” (Jn. 6:13).

Y luego, en Jn. 7:40, cuando Jesús dijo que si alguien viniera a Él y bebiera, de su interior correrían ríos de agua viva, la gente respondió, “¡Verdaderamente, este es el profeta!”. 41 Otros decían: “Este es el Cristo”. No entendieron que el profeta y el Cristo iban a ser la misma Persona, porque había confusión acerca de esto, como siempre hay. Pero hermanos, para nosotros, no debe haber confusión. Jesús cumplió la promesa dada a Moisés – Él es el Profeta de todos los profetas, la manifestación más completa y llena de lo que un profeta representa.

Heb. 1:2 dice esto claramente. En otros tiempos, Dios habló de muchas maneras y a través de varios profetas, pero en estos últimos días, nos ha hablado por su Hijo quien es Dios con nosotros, la representación exacta de la naturaleza de Dios. Si Dios nos ha hablado por Jesús, esto significa que Jesús es el Profeta, el portavoz de Dios.

Cuando Jesús empezó su ministerio público, dijo, “El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado”. ¿No parece como lo que Moisés dijo a través de sus acciones? Les mostró a los israelitas que el tiempo de su escape de Egipto había llegado, se había cumplido. Era el momento y la voluntad de Dios para su liberación. Asimismo, Jesús anunció que había llegado el momento de la liberación de todos los que creyeran en Él de la esclavitud del pecado y del diablo. Su llegada inició una nueva era del Mesías, el Espíritu, y la Iglesia.

Moisés llevó a los israelitas al pacto del Sinaí. Jesús nos lleva al Nuevo Pacto. Él reveló e inició el nuevo pacto, y de hecho, Él *es* el nuevo pacto (Is. 42:6). Instituyó o inauguró el nuevo pacto con su enseñanza, y luego, en el aposento alto (Lu. 24), y a través de su muerte en la cruz. Su cuerpo fue el pan, su sangre el vino. Moisés les dijo que mataran a los corderitos y aplicaran su sangre a las puertas, pero Jesús era el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, nuestro cordero pascual, (Jn. 1:29; 1 Cor. 5:7). Moisés les dio un pacto de ley, Cristo nos da un pacto del Espíritu y de gracia (Jn. 1:17, 18), un pacto superior en que no solo nos *dice* como Dios quiere que vivamos, sino nos *empodera* para vivir así. (Hechos 13:38, 39) Moisés les enseñó cómo construir el tabernáculo, pero Cristo habitó (puso su tabernáculo) entre nosotros y ahora está construyendo su templo, su habitación, nosotros, la Iglesia (Mat. 16:18; Éf. 2:20-22). Moisés era fiel como un siervo en la casa de Dios, pero “Cristo es fiel como Hijo sobre su casa. Esta casa suya somos nosotros” (Heb. 3:6).

¡Jesús es la Palabra viva! (Heb. 4:12) La Palabra o el Verbo que en el principio era con Dios y era Dios, a través del cual, todo lo que fue creado fue creado. Apocalipsis 3:14 dice que Él es el Testigo fiel y verdadero. Jesús es ambos, el Mensaje y Mensajero de Dios perfecto y completo (Mal. 3:1). Como el último Profeta y la Palabra viva de Dios, Cristo nos revela a Dios y la voluntad de Dios. Y la voluntad de Dios es que todos seamos salvos de la esclavitud del pecado y de Satanás, y que regresemos a Dios como las ovejas perdidas regresan al pastor.

Él ha hecho posible que regresemos a Dios, a la relación que fue perdida en el Huerto de Edén, la herencia que se perdió por su pecado. A través de Cristo, todas las familias de la tierra pueden ser bendecidas y heredar todas las cosas. Cristo enseñó los principios de su nuevo pacto y el reino de Dios en su sermón en el monte, como Moisés hizo en el monte de Sinaí. Israel se formó de 12 tribus; la iglesia fue fundada sobre Cristo como la piedra principal del ángulo, y sobre los fundamentos de los 12 apóstoles. Los israelitas todos fueron bautizados en Moisés en el Mar Rojo y la nube. Nosotros somos bautizados en Cristo y por lo que hizo, en su Espíritu Santo también.

Cristo es el Profeta, la Palabra de Dios para nosotros en esta época, y no habrá necesidad de otro. Él cumplió y cumple con todos los propósitos de Dios para nosotros hoy. Nos ha dado el Nuevo Testamento y su Espíritu para guiarnos y llevar a cabo sus propósitos y planes para nosotros.

Ahora, si Él es el profeta, ¿qué significa esto para nosotros? Pues, primero, como Moisés dijo, Cristo es el único camino para ser salvo de este “Egipto” del mundo en que nos encontramos, y el dominio del “faraón” que reina sobre nosotros, el diablo. Todo israelita tuvo que seguir a Moisés – no hubo otro profeta, otra opción. Él fue el plan A de Dios, y no hubo un plan B.

Igualmente hoy, Cristo es el único Profeta, el único plan de Dios. ¿Cómo escaparemos, si descuidamos una salvación tan grande? (Heb. 2:3) La respuesta es, que nadie escapará, se salvará que no viene a través de Jesucristo. Él es el Profeta que nos da el plan de Dios, que se ofreció a sí mismo como el Cordero, que ha vencido a nuestro enemigo y rompe su poder y dominio sobre nosotros. Al hombre que no escuche las palabras que Jesús ha hablado, Dios le va a pedir cuentas en el juicio final, porque ha ignorado y descuidado toda la bendición y potencial que el Señor quiso darle.

Creo que en el juicio final seremos juzgados, no solo por lo que hicimos, sino por lo que no hicimos, en otras palabras, por no estar o llegar a la altura de nuestro potencial. Una definición de la palabra griega que se traduce pecado en español es no dar en el blanco. Creo que si no seguimos a Jesús como el Profeta, perderemos el blanco en términos de todo lo que podríamos haber sido como Dios quisiera que fuéramos. No podemos realizar nuestra potencial sin seguir al Profeta, la Palabra Viva de Dios y sin ser llenos de su Espíritu. ¿Tiene sentido?

Si Dios ha hecho todo esto por nosotros, Él no quiere que nadie perezca, sino que todos se arrepientan y reciban la salvación que nos ofrece. Quiere que todos entremos en nuestro reposo, que heredemos nuestra herencia. ¡Démosle gracias a Dios por el último y mayor y mas grande Profeta de Dios, nuestro Señor Jesucristo!